

LA AUTORA REVELACIÓN DE LA
COMEDIA ROMÁNTICA

Connie Jett



*Todo puede cambiar
en un instante*

Connie Jett

Esencia/Planeta

Título original: *Todo puede cambiar en un instante*

© Connie Jett, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© Imagen de la cubierta: John Gomez – Shutterstock

© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: octubre de 2014

ISBN: 978-84-08-12898-4

Depósito legal: B. 17.125-2014

Composición: Tiffitext, S. L.

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Todavía

Mi mejor clienta, la señora Maite, viene cada tres semanas para retocarse las mechas. Mantiene tan a rajatabla un rubio chillón, que llegará el día en que no tendré más cabellos suyos que aclarar, pero su coquetería no le permite verse con raíces oscuras o con canas. Hace años que únicamente se deja atender por mí, sin excepciones; confía en mis manos y mis habilidades.

Tendrá unos veinticinco años más que yo y, pensándolo bien, cuando yo tenga su edad espero albergar tanta energía como ella. Es una abogada prestigiosa y muy querida en el barrio, una mujer menudita, que parece que no haya matado una mosca en su vida, pero nada más lejos de la realidad, ya que es conocida como la leona de los tribunales.

Hace años que la conozco y puedo decir que hasta la aprecio. En todo el transcurso de nuestra relación, ella se ha mantenido siempre fiel a su cabellera rubia platino y a su falso bronceado en todas las estaciones y yo he respetado su invariabilidad haciendo mi parte lo mejor posible. Debo reconocer que pasan los años y se conserva espléndida. No es sólo mérito mío, hay mujeres que nacen con ese don o gen natural y cualquier edad les sienta bien.

Yo soy Cristina, la peluquera, tengo treinta y tres años y trabajo con mi gran amiga de la infancia, Lola, en un pequeño barrio de Murcia. Una ciudad pequeña, cómoda, verde y cerquita del mar.

Al comienzo de mis estudios vivía obsesionada con aprender e innovar, me imaginaba peinando en los más importantes desfiles de alta costura, marcando tendencias y, cómo no, viajando por el mundo.

No sé por qué de jóvenes soñamos a lo grande y de mayores, cuando más herramientas poseemos para cambiar el mundo, decidimos optar por lo seguro.

¿Arriesgarse? Eso nunca ha sido una buena idea. Llevo seis años con mi novio, cinco de convivencia y cuatro meses de compromiso: ¡voy a casarme!

Por fin puedo gritarlo a los cuatro vientos.

No ha sido una tarea fácil. Mi flamante prometido se vio influenciado un poco por la presión social y otro poquitín por mis insistentes indirectas, hasta que me compró un brillante anillo y me pidió matrimonio.

Y no fue únicamente con la famosa y simple pregunta, no. Nos saltamos la rutina de un martes y nos dimos cita a las nueve de la noche para cenar fuera.

Juntos en casa, nos vestimos para la ocasión: los dos sabíamos que era una noche especial. Cuando vi que él cogía su traje negro y la camisa lila que sabe el efecto *love* que me produce, me temblaron hasta las pestañas. Sin dudarlo, yo opté por un sobrio pero seductor vestido azul noche, que, por cierto, él solía quitarme bajándome la cremallera trasera con los dientes.

Como hacía buen tiempo, nos sentamos en una terraza cerca de la iglesia de San Juan; las mesas estaban decoradas con velas aromáticas y se perfilaba una velada inolvidable.

Después del gran sí a una pregunta temblorosa, con una duda en los ojos y una gran felicidad en el corazón, abrí la cajita y dejé que me pusiera el precioso anillo.

Toni, mi futuro marido, sonrió e, incorporándose, me

besó en los labios, muy lento, muy suave. Se apartó y nos miramos en silencio. Aunque yo deseaba gritar de alegría, mantuve la calma.

Aun así, le devolví el beso con la misma intensidad. El amor flotaba en el aire y no era la primera vez que la afinidad de nuestras bocas decía las palabras que nosotros no sabíamos enunciar.

A partir de aquel momento me puse manos a la obra para organizar la boda. No podía dejar de soñar despierta. Todos mis caprichos se harían realidad. Y lo que más me apetecía era deslizarme en el vestido de novia, que me sienta como un guante. Por eso, a día de hoy sigo una dieta estricta, porque no soy la chica de tipazo perfecto, tengo unos enormes pechos, una tripita no indiferente y unas caderas juguetonas. Nunca he sido delgadita, pero me he mantenido en el grupo de las rellenitas evitando pasarme con los dulces y con toda la comida en general. He tenido la suerte de heredar el rostro de mi madre, con rasgos perfilados muy dulces, frente pequeña, labios carnosos y mininariz. Mi punto fuerte han sido siempre mis ojos azul oscuro, que parecen delineados por un pintor; me basta una raya negra y un poco de máscara de pestañas para quitarle el aliento a mi presa, haciendo que un pestañeo se convierta en un enigma.

Siempre he podido sacar provecho de mis curvas. En el instituto nos unimos las chicas «guitarra española» y triunfamos, fuimos las más populares durante todos los cursos, aunque es cierto que sufríamos silenciosamente; nos moríamos de hambre y nos embutíamos en fajas adelgazantes. En cambio, las delgaduchas deseaban engordar, porque parecían sosas y sin gracia.

Está claro que rompimos muchas reglas aprovechando el subidón de hormonas de aquellos adolescentes, nuestras fal-

das eran cortísimas, maquillaje a todas horas y ropa sexy, muy sexy siempre.

¡Al cabo de un mes me sentía radiante! Había perdido tres kilos y se me notaba hasta en la cara. Y todo se debía a la lista interminable de cosas que tenía que hacer; cuando vas a celebrar tu boda, quieres que todo sea perfecto.

Estaba a punto de casarme, ya habíamos reservado hasta el viaje de novios. ¡Por fin conocería Nueva York! Y me haría una megafoto en los cristales de una peluquería que ocupa todo un edificio, es la más importante del mundo: una fábrica de peinados. ¡Qué ilusión!

Los preparativos marchaban genial, aunque con las típicas peleas de nervios prematrimoniales.

Mi prometido es, para mí, el ser más guapo que camina sobre la faz de la Tierra. No estoy siendo objetiva y no puedo hacer nada al respecto. Él es mayor que yo, me lleva unos siete años, aunque apenas se nota, pues es un hombre muy moderno. Tiene unos grandes ojos marrones de mirada penetrante, pelo color castaño claro en el que ya puede apreciarse alguna cana, su cara expresa astucia y aunque no tiene esa tableta de chocolate que muchos tíos macizos se curran en el gimnasio y a más de una nos hace babear, todas las mañanas antes de ir a trabajar sale una hora en bicicleta, el resultado de lo cual son unas piernas enérgicas, musculosas y... ¡que me vuelven loca!

He sido siempre muy románticona y desde que lo conocí sentí que sería el padre de mis hijos y un gran compañero de vida.

Pero un día todo cambió. Sería el principio del fin.



Organizar la boda

Entre mi trabajo, la dieta y la boda, me había olvidado de Toni. Estaba metida en reservas, flores, tarjetas, gente, y creyendo que organizaba el evento del siglo y que nadie podía hacerlo mejor que yo. Una completa incrédula.

No teníamos problemas económicos, pues mi Toni es un célebre veterinario que tiene hasta un medicamento para perros con su apellido.

Así, al no tener límite de presupuesto, me permití invitar a todo el mundo, demostrando una faceta mía materialista que ni yo misma sabía que poseía.

Invité entre otros a todos mis compañeros de instituto, incluido mi primer amor, que pasaría desapercibido, porque estaría rodeado de otros compañeros y de dos profesores, aunque me daba morbo volver a verlo.

Tenía ganas de hacer algo grande. Mi futuro marido me había propuesto dejar la peluquería y olvidar de una vez las quejas o las terapias de las clientas. Y yo lo estaba pensando para más adelante, para el momento en que decidiese ser madre.

Todo mi futuro estaba organizado y parecía maravilloso. Tal como yo lo había deseado: un trabajo que me divertía, un marido al que amaba y, más adelante, un hijo o dos; es decir, mi vida soñada.

Podría tal vez dejar la peluquería un tiempo, pero muy poco, porque en realidad a mí me gustaba estar allí, estar en

contacto con la gente, hacer algo que me apasionaba y, sobre todas las cosas, estar al lado de Lola, mi única y verdadera amiga, mi compañera de infancia, mi vecina y colega de peinados. Ésa era mi vida.

Lola es una mujer preciosa, por lo menos para mí; me encanta la capacidad que tenemos los seres humanos de ver a nuestros seres queridos con ojos de amor. ¿A qué madre le parece feo un hijo? No creo que exista.

Lola es como una hermana para mí, desde pequeñas lo hemos hecho todo juntas: nuestro primer cigarrillo, nuestro primer porrito, primer viaje de amigas, los estudios, el trabajo... todo había seguido un camino natural, en el cual las dos disfrutábamos de nuestra compañía.

Ella es una mujer altísima, de largos cabellos negros, ojos pequeños achinados y tez blanquísima y sin imperfecciones, unos rasgos que la hacen parecer una mujer misteriosa.

Usa gafas, aunque no las necesita, pero le gusta ese aire intelectual que le dan. Siempre está gastando bromas. Es una soltera empedernida, sin ánimo de noviazgos serios. Tenemos una norma no escrita de que los clientes masculinos son para ella, y más de uno se ha convertido en cita...

Muchas veces venía a mi casa, ya que Toni llegaba siempre tarde de su clínica y yo me aburría bastante. Me ayudaba a preparar la cena, cualquier plato o experimento que se nos ocurriese. Mirábamos recetas por Internet, de sabores extremos o afrodisíacos, y cocinábamos platos típicos de todos los rincones del mundo sólo para distraernos.

Yo no soy una cocinitas profesional, casi ni me gusta cocinar, lo hacía por agradar y sorprender a Toni.

Lo esperaba ilusionada, con la cena preparada. La mayoría de las veces Lola no se quedaba, se marchaba a su casa o a alguna cita, porque sabía que ése era nuestro gran momento.

Con Toni siempre he compartido el gusto por las películas, somos fans de Woody Allen y después de cenar nos acostábamos en el sofá a mirar algún clásico de nuestra colección.

Él llegaba de la clínica, dejaba su chaqueta en el perchero y empezaba con sus preguntas.

—Mmmm, ¿qué recomienda la chef de la casa? Me han comentado que es el mejor restaurante de la ciudad, ¿podría conocer a su cocinera?

Y yo solía esperarlo en ropa interior, tacones y delantal de cocina y, más que probar el plato estrella, nuestro juego consistía en sorprenderlo.

—¿Hoy toca menú tailandés? —preguntaba Toni, apretujándome entre sus brazos.

Y nos devorábamos a besos en la cocina, frente a mis experimentos alimenticios, empotrados en la pared o encima del lavaplatos. Toni me abría las piernas lentamente, mientras señalaba con su dedo índice el lugar del placer y, de una sola estocada, me hacía vibrar.

Las bromas eran culinarias y si el menú era francés, utilizaríamos la lengua como herramienta de juego principal, y con la consigna de que el postre siempre se terminaba en la cama.

El juego nos lo tomábamos bien en serio: los comensales debían probar todos los platos, aunque su sabor fuese asqueroso, algo muy común si me pasaba con las especias, pero el señor veterinario debía dejarme propina de todas maneras.

Al principio era normal que estuviese dispuesta a jugar a las cocinitas todos los días, pero, con el tiempo, nuestro termómetro sexual fue bajando. Aunque no podía negar que cuando Toni me ponía una mano encima, yo temblaba de placer, y eso no había cambiado.

No tengo quejas de él, ha sido un hombre muy fiel y protector, aunque con un carácter muy fuerte. Odiaba que discutiéramos, porque siempre terminaba dándole la razón y, para colmo, llorando. Y no es que siempre la tuviera, pero poseía la habilidad de darle la vuelta a la situación con estupideces del pasado, para que mi reclamación se convirtiera en un capricho o pareciera que formaba parte de mi inmadurez por la diferencia de edad.

Pero yo le amaba y admiraba. Cuando admiras además de amar, el sentimiento es imponderable.

Recuerdo una noche en que Concha, la vecina, una señora de unos setenta años, más bien delgaducha y con pequeños rizos claros mezclados con canas, llamó a nuestra puerta gritando como una loca. Yo pensé que se incendiaba la finca.

Llevaba su chihuahua en brazos, el perro estaba el doble de nervioso de lo que era habitual en él, un pequeñín de patas flacas que babeaba y tenía espasmos.

—¡Lo han envenenado! ¡Esa bruja me lo ha envenenado!
—explicó Concha en bata y pantuflas, depositando su chihuahua en las manos de mi Toni como si le estuviese donando su corazón.

—No se preocupe, señora Concha —contestó él.

Cogió las llaves de su clínica y los tres bajamos la escalera hacia la consulta.

Mi hombre trataba de tranquilizar a aquella mujer desesperada, mientras ella le explicaba que había hecho vomitar al perro con agua y sal unas tres veces.

—¿Tres veces? —repetí yo, sorprendida.

«¡Cuidadín con la vecina!»

—Sí, hija, es lo que hay que hacer en estos casos, ¿verdad, doctor? —respondió ella con garbo, asegurando que

Marga, la bruja antipática de la puerta 5, se lo había envenenado.

Al llegar Toni a la consulta, colocó al can en la camilla y lo entubó; el perro ya se había calmado, como si hubiese entrado en una apatía absoluta. Yo pensé que se moría.

Tomó muestras de sangre y de heces. ¡Qué asco! Yo rumié para mis adentros, mientras abrazaba a la señora Concha y admirábamos embobadas al veterinario en acción.

Toni recetó un protector de estómago y otras cosas más, afirmando que el perro se recuperaría.

Concha se tiró a sus brazos para agradecersele, sin cortarse un pelo por mi presencia. Esta anécdota siempre fue motivo de risa, ya que mi pregunta al regresar Toni a casa era «¿Cuántas mujeres han caído hoy rendidas en tus brazos por salvarle la vida a su chuchó?».

Yo sabía que él era un hombre admirado, guapo y deseado, pero el señor veterinario me había elegido a mí, a su peluquera preferida y poco amante de los animales, le pesara a quien le pesase.

Al repasar la lista de invitados a la boda, sentí que retomaba contacto con gente de mi pasado, entre ellos, como ya he dicho, mis compañeros de instituto y, sin más, mi mente comenzó a sentirse prisionera. Me cuestioné mis elecciones y todo lo relativo a mi vida. Pero en ese momento pensé que era normal: iba a casarme, y los nervios y las dudas eran el pan nuestro de cada día.

A raíz de nuestra boda, Toni se estaba alejando. Decía que me lo dejaba decidir todo porque no quería perder tiempo con los preparativos. ¿PERDER tiempo? Eso me dolía mucho. ¿Cómo podía pensar que nuestra boda significaba y

representaba una pérdida de tiempo? Por algo era nuestra, NUESTRA, en plural... Dos personas que se comprometen a una vida de felicidad.

«Cristinaaaa, baja de tu nube, mmm, ¿existe una vida de felicidad? Pues no, aunque lo ames con todas tus fuerzas, eso no existe», me dije, convenciéndome.

Mi madre, Elsa, que por unos años prefirió que la llamase por su nombre o «amiga», antes que «madre», porque antes que adoptar un rol prefería ser libre, solía decirme: «Si uno tiene siempre lo que quiere, termina siendo infeliz, porque deja de soñar y de desear cosas nuevas». Típico de una «Peter Pan» a la que jamás le han gustado las ataduras y las normas.

Y eso me sucedía a mí diariamente. Tal vez por comodidad, pero había perdido la ilusión o las ganas de escapar hacia una vida en la cual me había encargado yo solita de que todo se mantuviera intacto, sin sobresaltos ni desórdenes, simplemente porque amaba a Toni y no quería cambiar nada.

¿O sí?

Soy una persona exigente y me sacan de mis casillas cosas tan banales como que Toni beba café en la habitación y deje la taza en la cómoda. Debo reconocer que siempre lo he reñido: no, no y no, era un error gigante, aquella taza tenía un sitio en el mundo. Y así con todo.

Soy un pelín histérica del orden y me gusta organizarlo todo. Es muy común que los domingos escriba en una libreta las cenas que prepararé durante la semana y que los lunes por la tarde haga la compra, así sé cada día qué sacar del congelador para la noche siguiente. En esa libreta es donde suelo apuntar mis nuevas recetas internacionales. Cada vez que la coge Lola, se muerde la lengua para no gritarme «¡Loca histérica!».

También tengo mi ropa ordenada, la cocina, mis maquillajes, los medicamentos (por orden alfabético)... Mi casa siempre la he considerado como mi lugar seguro, un sitio que debía estar impecable y donde sólo permitía rondar a Toni porque él se había ganado mi corazón.

No sé a quién había salido, porque el gen del orden no lo había heredado de mis padres. Mi madre nunca ha llevado una rutina, ni en horarios, ni en la casa y mucho menos en la disposición de los muebles, y mi padre es un artista, bohemio y despreocupado. Siempre han sido dos ejemplos constantes de transiciones según su estado de ánimo.

Justamente a raíz de esos recuerdos de convivencia, creo que desarrollé una histeria por la organización.

«Eres una pesada, Cristina, debes cambiar», me dije, mirándome al espejo mientras le daba forma a mi flequillo.